

Mónica Mancero y Rafael Polo,
compiladores

Ciencia, política y poder Debates contemporáneos desde Ecuador



Ciencia, política y poder. Debates contemporáneos desde Ecuador / compilado por Mónica Mancero y Rafael Polo .- Quito: FLACSO, Sede Ecuador, 2010. (Cuadernos de Trabajo)

413 p.

ISBN : 978-9978-67-225-9

POLÍTICA; GÉNERO; MOVIMIENTOS SOCIALES; ESTADO; NACIÓN; PODER;
GOBERNANZA

320 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

CONESUP

Whimper E7-37 y Alpallana

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2505-656

Fax: (593-2) 2563-685

www.conesup.net

ISBN: 978-9978-67-225-9

Cuidado de la edición: Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2010

1ª. edición: enero 2010

Índice

Presentación	7
Introducción	
Las paradojas de la actualización	9
Eduardo Kingman Garcés	
DEBATES EPISTEMOLÓGICOS	
Campo de visibilidad y producción de narrativas	17
Rafael Polo Bonilla	
Ciencias naturales e imperio	47
Elisa Sevilla	
Acerca del análisis del discurso en contextos de antagonismo social	71
Andrés Ortiz	
Origen, desarrollo de los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad y su perspectiva en América Latina	103
Javier Jiménez Becerra	

DEBATES POLÍTICOS

Género y política: el concepto de emancipación dentro de la teoría feminista, sus límites y sus posibilidades de uso 133
Alba Di Filippo

Las principales teorías sobre los movimientos sociales y su aproximación al estudio de los movimientos indígenas en América Latina y en el Ecuador 161
Luis Alberto Tuaza Castro

Historia, cultura y política: espacios cotidianos y religiosidad 195
Mireya Salgado Gómez

La formación ciudadana 235
Juan Carlos Valarezo

DEBATES SOBRE EL ESTADO Y LA GLOBALIZACIÓN

Estado-Nación y Región 261
Mónica Mancero Acosta

Territorio, Estado y Nación 307
Ana Sevilla

La construcción de sustentabilidad ambiental como un tema de gobernanza 335
Paúl Cisneros

Crítica contemporánea a la forma Estado: entre el poder policial y el dispositivo de guerra 365
Sandro Jiménez-Ocampo

Sobre las autoras y los autores 411

Debates sobre el Estado y la globalización

Estado-Nación y Región

Mónica Mancero Acosta*

Resumen

En este ensayo se presentan los debates teóricos sobre la nación y la región. El argumento central que se postula es que existe una tensión subyacente entre el Estado-nación y la región en dos ámbitos, el territorial y el cultural. Lo importante, más que resolver esta contradicción, es entender sus dimensiones y manifestaciones. Planteamos que es muy restrictivo trazar una oposición nación/región y apostamos más bien por afirmar una articulación entre ambas. Es decir la región no sólo no se subsume en la nación, sino ambas instancias, frecuentemente, se superponen y compiten en intereses tanto territoriales como culturales. Para desarrollar este argumento se presentan, en primer lugar, las cuestiones relativas al Estado-nación, posteriormente aquellas relacionadas a la región, y finalmente se tratan de articular ambas, en un último apartado, que dé cuenta precisamente de su carácter complejo y contradictorio.

Introducción

El Estado-Nación se refiere a una compleja articulación de ámbitos culturales, territoriales e institucionales que definen a esta forma de organi-

* Agradezco a Beatriz Zepeda sus sugerencias y comentarios para la elaboración de este texto.

zación societal característica de la modernidad. El Estado-nación opera por medio de una concentración de poder, recursos y símbolos de la identidad nacional que, a veces, se contraponen con identidades regionales o locales. La región, en cambio, es una forma espacial de la sociedad; más específicamente las regiones son ámbitos definidos a partir del dominio territorial de una relación de acoplamiento o de una relación de semejanza (Coraggio, 1989). En virtud de que las dimensiones territoriales, culturales, económicas de ambas entidades se entrecruzan, puede preverse que exista una tensión irreductible entre ambos.

En efecto, el argumento central que se plantea en este ensayo es que existe una tensión subyacente entre el Estado-nación y la región en dos ámbitos, el territorial y el cultural. Lo importante, más que resolver esta contradicción, es entender sus dimensiones y manifestaciones. Cuando nos referimos al ámbito territorial aludimos a vínculos de poder o pertenencia de parte de los sujetos sobre un espacio geográfico (Montañez, 2001). En este ámbito, se trata de advertir si estos vínculos se despliegan fundamentalmente a nivel regional o nacional. Cuando nos referimos al ámbito cultural pensamos no sólo en el sentido de identidad que tienen los sujetos sobre la región y/o sobre la nación; sino hablamos de la cultura, en un sentido amplio, que incluye también el aspecto material y las formas económicas de subsistencia. No obstante, postulamos que es muy restrictivo plantear una oposición nación/región y apostamos más bien por afirmar una articulación entre ambas. Es decir la región no sólo no se subsume en la nación, sino ambas instancias, frecuentemente, se superponen y compiten en intereses tanto territoriales como culturales. Además el elemento de la globalización o internacionalización no puede soslayarse en una restrictiva dinámica binaria.

Estado-nación

El Estado frente a la nación

Parekh (2000) argumenta que no todas las naciones desean convertirse en estados, las naciones aprecian sus modos de vida y desean gobernar sus

propios asuntos, pero esto no significa que quieran convertirse en estados independientes. Si los estados se volvieran más abiertos y plurales, las naciones preferirían permanecer como unidades autónomas antes que entrar en una lucha por obtener y luego administrar sus estados.

De acuerdo con Smith (2004) la expresión Estado-nación popularizada por los franceses ve al estado como dominante y la nación como una especie de compañero menor. De ahí que es mejor optar por un término más neutral como Estado-nacional. El Estado sirve a la nación, aunque la nación también puede servir al Estado. Según Hobsbawm (2000) la maquinaria del Estado es el registro de nacimientos, matrimonios, defunciones, censos. Los estados necesitaban una religión cívica, el patriotismo. Los estados y los regímenes tenían todos los motivos para reforzar el patriotismo con sentimientos y símbolos de tradiciones inventadas. En el momento de la democratización de la política se hizo esencial educar al pueblo, unirlo a la nación y la bandera. Pero en ese momento también surgió la xenofobia.

Hay estados funcionales a la nación pero hay otros estados que se van contra las naciones, como en los multiculturales cuyas naciones son excluidas y reprimidas si tratan de separarse (Guibernau, 1999). Según Bauman (2001) el término Estado-nación combina la nación, un concepto alentador y calurosamente emocional, con la distante y fría realidad del Estado. Es decir, el Estado tiene básicamente un componente de carácter institucional, legal y territorial. Mientras que la nación tiene un componente cultural y territorial, que puede o no coincidir con el territorio del Estado. Sin embargo cuando hablamos del Estado-Nación nos referimos a esta compleja articulación de elementos.

En este ensayo vamos a preferir el uso del término Estado-nación por ser el más difundido en nuestro medio, aunque estamos alerta sobre la crítica en el sentido de que este término deja entrever una correspondencia muy restrictiva: un Estado para cada nación, como bien lo ha señalado Smith; lo cual no se corresponde con la realidad. Sin embargo, el término Estado nacional sugerido por el propio Smith tiene una connotación más territorial que identitaria, en nuestro contexto. Preferimos el uso del término Estado-nación porque permite entrever su carácter tanto territorial cuanto identitario.

Las teorías del nacionalismo

Se han elaborado algunas clasificaciones importantes sobre las teorías acerca del nacionalismo¹. De forma tentativa, propongo asociar los diferentes enfoques sobre la nación y el nacionalismo, a las grandes teorías de las ciencias sociales, siguiendo a algunos de los autores mencionados y, a la vez, integrar las más actuales disciplinas y enfoques, que se consideran parcialmente en las clasificaciones anteriores. Esto nos permitirá acceder a una amplia, pero, a la vez, sistemática perspectiva sobre los debates acerca de la nación y el nacionalismo. Cabe señalar que cuando hablamos de nación nos referimos a una comunidad imaginada (Anderson, 2000) con una relativa base étnica (Smith, 2004), politizada y en busca de soberanía; mientras el nacionalismo es la ideología y el pensamiento que desarrollan los partidarios de la nación para lograr sus fines.

Modernización

Esta teoría fue muy difundida a mediados del siglo XX, en el contexto de capitalismo industrial, y permeó innumerables disciplinas. El supuesto básico de la teoría de la modernización es que existe una sociedad tradicional y una moderna, y a partir de ahí vincula innumerables procesos sociales, económicos, políticos, a una supuesta transición entre ambas formas societales. Podemos situar aquí a Gellner (1993, 2001) para quien precisamente en este tránsito de un tipo de sociedad a otra surge el nacionalismo. El Estado nacional es la sustitución de una estructura por otra, que implica una profunda modificación del papel de la cultura en la sociedad. La sociedad tradicional es estable, compleja y bien estratificada, esto evita ambigüedades porque está aprovisionada de marcadores visibles que hacen aceptables y ratifican las jerarquías. Posteriormente las ambigüedades que surgieron se convirtieron en obstáculos para la activación de una cultura homogénea. La sociedad moderna es alfabetizada, móvil, for-

1 Smith (2004), Jaffrelot (1993), Guibernau (1998) y Breuilly (1985) son algunos de los principales autores que han hecho esfuerzos por sistematizar y dar orden a las diferentes teorías sobre el nacionalismo.

malmente igual con desigualdades fluidas y continuas, dotada de cultura homogénea inculcada por la escuela. En la sociedad moderna la cultura se hace visible y llega a ser una fuente de orgullo y placer, por ser, a su vez, fuente de diferenciación. Aquí nace el nacionalismo. Chatterjee (2000) menciona que Gellner cuando afirma que el nacionalismo inventa naciones donde no existen, equipara inventar a fabricar una falsedad, y esto lo diferencia de Anderson.

Rokkan (Deustch, 1993), de forma muy temprana, diseñó un modelo donde evaluaba las diferencias en el desarrollo nacional de diversos países. Identificó los centros y las periferias. Percibió que un proceso de industrialización, urbanización y secularización se superponía a esta fase de edificación de la nación.

Estas visiones dualistas de la tradición y modernización han sido muy criticadas desde perspectivas marxistas y deconstructivas. El argumento central del deconstruccionismo es que representa un enfoque eurocéntrico y lineal cuyo modelo no puede ser transferido a otras realidades. Para el marxismo, en cambio, Gellner elude incorporar el análisis del conflicto de clases en la industrialización que posibilitó el surgimiento del nacionalismo (Pratt, 2003)

Por otro lado, Breuilly (1985) relaciona el nacionalismo con el objetivo de obtener y utilizar el poder del Estado moderno. Analiza el nacionalismo como una forma de política y por tanto de poder. Hay tres clases de relación con el estado existente: separación, reforma y unificación. El Estado al que se opone tal movimiento puede o no definirse a sí mismo como un Estado-nación. Pero el problema es la noción muy estrecha de política que maneja el autor, no se trata en Breuilly de lo político en el sentido de conflicto y disputa inherente, sino la política como una actividad vinculada al Estado.

En definitiva, desde la modernización, el Estado-nación surge en el paso de una sociedad tradicional a una moderna, lo cual implica una concepción muy lineal de la historia.

Marxismo

Esta aproximación teórica tiene reflexiones sobre el nacionalismo de vieja data. En general se ha dicho que el marxismo ortodoxo no prestó atención al tema de los nacionalismos, porque estaba relacionado con la llamada falsa conciencia. Para los autores más contemporáneos como Nairn (1996) los orígenes del nacionalismo se encuentran en la maquinaria de la economía política mundial y el desarrollo desigual de la historia. Es la dominación, la invasión y el imperialismo lo que ha hecho emerger el nacionalismo, el cual no es necesariamente democrático, pero es invariablemente populista. La nueva *intelligentsia* de la clase media del nacionalismo ha invitado a las masas a la historia y la tarjeta de invitación, dice Nairn (1996), ha sido escrita en un lenguaje que ellos entienden.

Para Balibar (1991) la identidad nacional, y la forma de nación deben ser analizadas como una ilusión. Es necesario considerar un capitalismo histórico, pues toda nación moderna es un producto de la colonización: siempre ha sido colonizadora o colonizada y, a veces, ambas cosas. Siguiendo a Wallerstein, afirma que se trata de una economía-mundo en la que las unidades nacionales se crean unas contra otras como instrumentos rivales en el control del centro sobre la periferia. Para Balibar sólo las comunidades imaginarias son reales. El inconsciente colectivo que se inscribe en lo real es el del pueblo. Pero el problema es cómo producir ese pueblo, o que él se produzca a sí mismo como comunidad nacional.

En un análisis reciente Pratt (2003) busca articular el eje de clase social con el de identidad, dentro de los movimientos políticos nacionalistas. Para ello plantea que la clase no es sólo la posición estructural dentro de un sistema de producción –categoría económica–, sino también una categoría política porque es construida, política y discursivamente, a través de la movilización social.

Se ha mencionado, por una parte, que estos enfoques no se corresponden con la realidad puesto que no son las naciones más dominadas donde ha surgido el nacionalismo (Breuilly, 1985). Por otra parte se ha sostenido que hace un excesivo énfasis en aspectos socio-económicos descuidando temas subjetivos y de identidad (Smith, 2004). Sin embargo, el aporte de esta perspectiva es vincular el surgimiento del Estado-nación al desa-

rrollo específico del capitalismo; y sostener el conflicto como fuente del nacionalismo.

Construccionismo

Deutsch (1993) es el primero que enfatiza en la importancia de la comunicación, la movilización y la integración social y política para el nacionalismo, el cual constituye básicamente un tema de difusión. Anderson (2000) propone la construcción de la nación como una comunidad imaginada. La nación se imagina limitada porque tiene fronteras, se imagina soberana porque surgió como parte del proyecto ilustrado, se imagina comunidad porque se concibe como fraternal. Es un artefacto cultural de una clase particular. Anderson indaga cómo surgió este imaginario nacionalista, y encuentra en la comunidad religiosa y en el reino dinástico las claves. Al hablar del origen de la conciencia nacional Anderson plantea que las lenguas impresas tuvieron una influencia determinante, puesto que crearon campos unificados de intercambio por medio de la imprenta y el papel.

La invención no se puede comparar a la fabricación y a la falsedad, sino a la imaginación y la creación. Todas las comunidades mayores son imaginadas. Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad sino por el estilo con que son imaginadas. Lo que hizo imaginables a las comunidades nuevas era una interacción semi fortuita, pero explosiva, entre un sistema de producción (el capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la fatalidad de la diversidad lingüística humana. Unos lectores semejantes, formaron, en su invisibilidad, el embrión de la comunidad nacionalmente imaginada.

Se ha sugerido que la debilidad del esquema de Anderson radica en su omisión del papel que cumple la cultura popular, y que debido a la presencia de grandes poblaciones funcionalmente analfabetas, el énfasis en las formas escritas de la cultura y otros artefactos culturales elevados, se centra en la preservación de una minoría letrada (Rowe y Schelling en Radcliffe y Westwood, 1999). Así mismo se le acusa de no desarrollar el potencial afectivo y menos aún el moral, del nacionalismo; ya que consi-

dera espurias sus narraciones y excluye captar su atractivo emocional (Smith, 2004). Justo en una posición contraria, Pratt (2003) recalca la habilidad de Anderson cuando éste explica la pasión que despierta el nacionalismo, aunque le acusa de ser partícipe, junto con Gellner, de clausurar el análisis de políticas de clase y políticas de identidad en paradigmas inconmensurables. También ha sido criticada la explicación de Anderson sobre el surgimiento de la nación en América Latina (Guerra, 2003)

Para Hobsbawm (2002) muchas tradiciones son recientes y a menudo inventadas. Inventar es un proceso de formalización y ritualización. La parte ficticia es la continuidad de la tradición inventada con el pasado. Los objetos y prácticas son más susceptibles de uso ritual y simbólico cuando no van cargadas de uso práctico. Se da el uso de antiguos materiales para construir tradiciones inventadas. Se crea mediante semificción o falsificación. Una rápida transformación de la sociedad debilita o destruye los modelos sociales para los que se habían diseñado las viejas tradiciones. Donde los antiguos modos de vida aún existían, las tradiciones no tenían por qué ser revividas o inventadas. La ideología liberal creó vacíos que debieron llenarse con prácticas inventadas. Estas tradiciones establecen cohesión, legitiman y ayudan a la socialización. Para Smith (2004) la analogía de Hobsbawm de la invención de la nación es mecanicista. No siempre se responde a largo plazo a meras reconstrucciones de los intelectuales, quienes debieron permanecer lo más cerca posible de las percepciones populares.

Imaginar, inventar, falsificar son diferentes aproximaciones al tema de la nación. Sin embargo terminan por hacer aparecer a la nación y al nacionalismo como los grandes farsantes de la historia. Si bien puede haber mucho de invención e imaginación, éstas no se podrían sostener a largo plazo, como bien lo afirma Smith. Surge la complicación de quién podría constituirse en árbitro para dirimir qué es un imaginario, una invención, una falsificación o una realidad.

Culturalista

Smith (2004) es su más fecundo representante, define la nación como una comunidad humana con nombre propio que ocupa un territorio –que puede no coincidir con el territorio del Estado– y posee unos mitos comunes y una historia compartida, una cultura pública común, un sistema económico único y derechos y deberes que afectan a sus miembros. El concepto de nación se refiere a un recurso cultural que se encuentra potencialmente disponible en todos los períodos de la historia. La nación es inconcebible fuera de un mundo de etnicidad y aunque pocas naciones son étnicamente uniformes –afirma Smith– son desarrollos especializados de grupos étnicos y la comunidad étnica ha servido de modelo y base de muchas naciones. Las categorías básicas de la nación: comunidad, territorio, historia y destino siguen teniendo la consideración de sagradas, nos dice Smith. La identidad nacional ha sido y continuará siendo, poderosa y resistente. Esta aproximación ha sido criticada por tener una lectura restrictiva de la nación, como una expresión emergente del sentimiento nacional-popular (Bhabha, 2000). O por reconciliar el reclamo polémico de la autonomía nacional con el ideal de libertad y fraternidad universales (Chatterjee, 2000). Uno de los aportes de Smith es la valoración de la identidad nacional, que efectivamente se muestra muy poderosa en la actualidad. Sin embargo, una debilidad es otorgarle un cierto carácter sustancial a esa identidad, derivada de la etnicidad, sin develar la naturaleza de construcción cultural de la nación y sus componentes.

Una variante definida como primordialismo es la de Grosby (2007) quien plantea que la experiencia de la localidad deviene en territorio y los vínculos al territorio contribuyen al entendimiento de sí mismo. El autor trabaja la categoría “territorio sucesor” a partir de Israel, y de la referencia de la “tierra prometida”. Las diferencias físicas implican, sobre todo, diferencias territoriales y parentescos distintos para delimitar cada línea sucesora. El concepto “territorio de parentesco” implica precisamente la asociación de pueblo, lazos de parentesco y territorio sucesor.

Esta aproximación tiene el mérito de valorar el tema de la identidad, aunque a veces parece que tiende a sustancializar una identidad que realmente es relacional y contingente.

Discursiva

Según la vertiente discursiva de Laclau y Mouffe (2004) las naciones contemporáneas suelen ser una mezcla de expresiones populares, oficiales y mestizas de nacionalismo y dependen del nacimiento de una esfera pública nacional común. Los autores identifican la nación como una ficción y al mismo tiempo un principio que organiza las relaciones sociales actuales. Para Bhabha (2000) hay una particular ambivalencia en la idea de nación, puesto que a pesar de la certeza de los historiadores, la temporalidad cultural de la nación inscribe una realidad más transitoria. Se trata de encontrar la nación como está escrita. Estudiar la nación a través de su discurso narrativo no llama sólo la atención sobre su lenguaje y su retórica, intenta también alterar el objeto conceptual en sí mismo. Tomar la nación como narración acentúa la insistencia del poder político y la autoridad cultural en un exceso irreductible de lo sintáctico (reglas) sobre lo semántico (significado). Hay una transformación de las fronteras y límites en espacios *in between* (entre medio) a través de los cuales los significados de autoridad cultural y política son negociados. Los márgenes de la nación desplazan el centro, los pueblos de la periferia regresan a reescribir la historia y la ficción de las metrópolis. Pero también están aquellos que no han encontrado todavía su nación. La aproximación discursiva si bien es muy penetrante corre el riesgo de disolver la nación en discursos y alejarse de cualquier proceso “real” de la formación del Estado-nación.

Deconstruccionista

Para Chatterjee (2000) la distinción que hizo Khon entre nacionalismos occidentales y no occidentales, entre buen y mal nacionalismo es un intento por construir una dicotomía entre un tipo normal y un tipo especial. El normal es el tipo clásico, ortodoxo, puro en el que el nacionalismo marcha a la par de la razón, la libertad y el progreso, es eurocéntrico. Pero el tipo especial emerge bajo circunstancias diferentes, es complejo, impuro y se desvía, es perturbador. El liberal racionalista se rehúsa a reconocer la falta de autonomía del discurso nacionalista como un problema

teórico. Chatterjee pregunta por qué los países coloniales no tienen más alternativa que intentar aproximarse a los atributos dados de la modernidad cuando el mismo proceso de aproximación significa su continua sujeción bajo un orden que establece obligaciones para ellos y sobre el cual no tienen control.

Para Chatterjee el problema se sitúa en la antropología y ahí desarrolla su argumento sobre el conocimiento que se hace sobre el otro exótico. El conocimiento se vuelve un modo de poder del yo sobre el otro. Hay una relación de poder implícita en la concepción de la autonomía de las culturas. Si el nacionalismo se expresa en un frenesí o como una pasión irracional, lo hace porque intenta representarse en la imagen de la Ilustración y no lo consigue. Porque la Ilustración misma, para afirmar su soberanía como idea universal necesita su otro. Los textos nacionalistas fueron dirigidos hacia el pueblo y hacia los amos coloniales. Para ambos el nacionalismo buscó mostrar la falsedad de la pretensión colonial de que los pueblos atrasados eran incapaces de gobernarse a sí mismos. El nacionalismo negó la inferioridad del pueblo colonizado y afirmó que una nación atrasada se podía modernizar a sí misma, manteniendo su identidad cultural.

Por su parte, Palti (2001a) cuestiona el supuesto carácter objetivo y científico de los estudios historiográficos denominados antigenealógicos que sustentan que la nación sería una creación reciente y arbitraria. Para ello acude a la historia conceptual y reconstruye los debates específicos en que se ha manifestado esta contienda; y pone de relieve que dichas aproximaciones a la nación no escapan de una carga ideológica, sino que ésta se encuentra tan presente en ellas como en los relatos de los nacionalistas. El nuevo enfoque crítico antigenealógico, a criterio de Palti, comparte con los nacionalismos muchos de sus presupuestos. Así muestra cómo, por un lado, Hobsbawm termina negando el principio de libre determinación al suponer que hay naciones cuya existencia es racional y otras irracionales; por otro lado señala como Habermas, afectado por la crisis de los Balcanes, concluye postulando la legitimidad de los Estados más allá de la voluntad de sus miembros. En relación a Bhabha, Palti destaca que uno de sus principales aportes radica en su reconocimiento de la dimensión performativa que tiene el discurso nacionalista, ya que éste no

busca un fundamento sólo en el origen sino que debe ser actualizado en forma permanente. Palti concluye que la intervención del multiculturalismo deconstruccionista evidencia el carácter contingente del marco antigenealógico pues, al contrario de Habermas y Hobsbawm, renuncia a la pretensión de oponer una identidad sustancial a la identidad nacional. De ese modo, el enfoque antigenealógico habría tocado techo al revelar aquello que debía permanecer oculto para que pudiera presentarse bajo una fachada científica o neutra: su carga política e ideológica.

Para Palti (2001b) el proclamado progresismo del enfoque antigenealógico se convierte en un sustento ideológico para políticas ultrarreaccionarias. Defender la idea de una nación pluralista y al mismo tiempo negarles a las minorías el derecho a secesionarse, aparece como una contradicción. Los derechos humanos se colocarían por encima de la voluntad de los pueblos y de los individuos, pero los derechos humanos pueden ser una fachada para legitimar políticas imperialistas y defensoras del status quo de potencias europeas.

Resulta muy provocador el análisis de este teórico de la historia intelectual, más cuando es una perspectiva desde América Latina, que advierte la profunda politización de un discurso de las ciencias sociales que suele ser presentado como neutral, pero que realmente tiene profundas connotaciones políticas.

Feminista

La criticidad del feminismo ha permeado todos los ámbitos del poder/conocimiento, el tema de la nación no ha permanecido fuera de su análisis. Para Anthias y Yuval-Davis (1994) no hay una categoría unitaria de mujer que pueda ser concebida como el foco de discurso nacional. Plantean cinco formas en las cuales las mujeres han tendido a participar en el proceso étnico y nacional: como reproductoras biológicas, con mucha frecuencia se usa el discurso nacional o religioso acerca del deber de la mujer para dar a luz más niños. Como reproductora de los límites de grupos étnico nacionales –endogamia–, a veces se impide a las mujeres tener relaciones sexuales con hombres de otros grupos. Como participante central

en la reproducción ideológica de la sociedad y transmisora de cultura. Como signifiante de diferencias étnicas y culturales, las mujeres constituyen una figuración simbólica, la nación como la mujer amada o la madre que pierde sus hijos en batalla. Como participante en luchas nacionales, económicas, políticas y militares. Sin embargo, los roles que la mujer juega no se imponen meramente sobre ellas. Las mujeres activamente participan en el proceso de reproducir y modificar sus roles.

En una tesis similar Enloe (1990, en Beckwith 1991) plantea que la lucha armada contra el colonialismo acarrea un efecto pernicioso sobre las oportunidades de la mujer para su liberación, puesto que críticas de las mujeres a prácticas patriarcales podrían ser silenciadas en nombre de la unidad nacional en un contexto de militarización. Así mismo la autora analiza cómo las mujeres del grupo colonizador han sido implicadas en un régimen colonial como una fuerza civilizadora a través de ser enfermeras, profesoras de escuela, esposas de diplomáticos, etc. De tal forma que, tanto el proceso de colonización como de descolonización de las naciones-estado, tiene profundas implicaciones de género.

Para Balibar (1991) la familia no es sólo un fenómeno moderno ligado a las formas burguesas de socialidad, ni el resultado del derecho canónico y de las autoridades cristianas, sino también fruto de la intervención del Estado nacional que va desde la reglamentación de la herencia a la organización del control de la natalidad. La nacionalización de la familia tiene como contrapartida la creación de un parentesco simbólico que anuncia una descendencia común. El nacionalismo tiene una connivencia secreta con el sexismo no por ser parte de una misma tradición autoritaria, sino porque la desigualdad de roles impone la mediación jurídica, económica, educativa y médica del Estado. Pero ¿en qué medida la forma nación puede seguir reproduciéndose indefinidamente desde el momento en que la familia está acabada? pregunta de forma incisiva Balibar.

Se puede hablar de un poder patriarcal del Estado, que ha sido objeto de crítica de muchas feministas; pero, a la vez, de una cierta manipulación por apelar a una forma femenina de la nación. Ambas serían las dos caras de una misma moneda de un modelo de Estado-nación sexista.

Las ambivalencias del nacionalismo

Acogemos el predicamento de Bhabha sobre el carácter profundamente ambivalente del nacionalismo. Por ello exponemos algunas de las principales tensiones advertidas en la literatura sobre los nacionalismos.

Estados-nación, Estados sin nación y naciones sin Estado

Uno de los pocos tópicos sobre los que podría haber un acuerdo en el campo de estudio sobre el nacionalismo es el de la imposibilidad de encontrar formas únicas de nación. Los llamados Estados-nación son aquellos en donde se dice que la nación y el Estado son coextensivos. Se correspondería a la premisa de un Estado para cada nación (Gellner, 2001). Pero hay un acuerdo en que esta forma que trató de ser reivindicada como paradigmática, en la realidad, es muy rara. Por ello algunos autores prefieren hablar de Estado nacional (Smith, 2004). Los estados sin nación se corresponderían a la forma más generalizada en donde no hay una nación, sino que varias coexisten bajo un solo Estado, se lo puede asimilar a un Estado pluri o multicultural, o –como en el caso de la constitución recientemente aprobada en el Ecuador– intercultural. Y naciones sin Estado son aquellos pueblos que, en algunos casos, buscan activamente, por medio de la secesión, llegar a constituirse en un Estado-nación; o en otros casos al menos buscan un grado de autonomía que les permita subsistir y desarrollarse.

Para Guibernau (1998) el Estado-nación está lejos de ser el modelo dominante. La mayor parte son estados multinacionales, cuyo carácter ha generado un nacionalismo opuesto, el de las naciones sin Estado. Entonces hay dos nacionalismos enfrentados el uno al otro y se distinguen por poseer un acceso diferente al poder y los recursos. El nacionalismo sólo puede comprenderse si se tienen en cuenta dos dimensiones: su carácter político y su papel en la creación de identidad. El predominio del nacionalismo es percibido como un escándalo moral para algunos científicos sociales, porque la cultura ética oficial es universalista. Se fijan más en que los nacionalismos intentan imponer su interés en detrimento del

resto de naciones pero ignoran el núcleo racional y moral de demandas nacionalistas de las minorías que reclaman el derecho a existir, a su propia cultura e identidad. El nacionalismo, de acuerdo a Guibernau, puede ser considerado un movimiento social progresista, en oposición a quienes ven en él un movimiento conservador y retrógrado.

Universalismo o particularismo

Se advierte una fuerte tensión entre quienes buscan adscribirse a un universalismo, a un cosmopolitismo, apelan a la humanidad; frente a quienes abogan por un particularismo, etnicismo, localismo. Chatterjee (2000) ha evidenciado una paradoja en el núcleo del pensamiento nacionalista, que al aceptar volverse moderno, acepta el reclamo de universalidad. No obstante también afirma la identidad autónoma de la cultura nacional. De acuerdo con Berlin (1993) el nacionalismo se opone al universalismo que vaciaba las existencias. El nacionalismo es una forma de autodefensa y permite levantarse a grupos étnicos que se sienten humillados u oprimidos. La aspiración a la independencia nacional se mezcla frecuentemente con una resistencia a la explotación. El nacionalismo contemporáneo está más vinculado a reivindicaciones sociales, religiosas y económicas. Para liberales y socialistas en occidente el nacionalismo parece puro chauvinismo e imperialismo. Pero el nacionalismo no sirve ni necesaria ni exclusivamente a la clase dominante, suscita rebeliones también contra ella.

Parekh (2000) ha valorado de forma penetrante la naturaleza profundamente contradictoria en términos políticos del nacionalismo. Dice Parekh que se argumenta que el nacionalismo es tribal y chauvinista pero la verdad es más compleja. El nacionalismo sospecha de las diferencias, teme a los extraños y descalifica préstamos interculturales, le otorga una dignidad moral inmerecida al Estado, corrompe la educación al utilizarla como herramienta de ingeniería cultural, impulsa formas de limpieza cultural y étnica y conduce a miseria y violencia. Sin embargo, el nacionalismo también insiste en la igualdad de la nación y de todos sus miembros. Ataca las jerarquías tribales, regionales, de casta o de clase, y ha generado

un espíritu de igualdad y ayuda mutua. Les asegura dignidad a grupos oprimidos y marginalizados y ha tenido el valor de enfrentar la hegemonía cultural y política de estados dominantes. A veces libera energías emocionales y morales. Le da a la sociedad un sentido de propósito, base para unidad y la posibilidad de ocuparse de sus asuntos a su propia velocidad y manera. Los nacionalistas reconocen su nación como única, al tiempo que aceptan que el mundo está formado por naciones.

Geertz (2000) también afirma esta naturaleza contradictoria por una tensión entre dos impulsos, moverse con la oleada del presente y aferrarse a una línea heredada del pasado, esto da al nacionalismo de los estados su peculiar aire de estar fuertemente inclinado a la modernidad y al mismo tiempo de sentirse moralmente ofendidos por las manifestaciones de la modernidad. Para Smith (1997) el nacionalismo ha traído aparejado efectos perversos y benéficos. Los científicos sociales han hecho una condena moral por los perversos, que se relacionan con un terrorismo en zonas donde conviven distintos grupos étnicos y religiosos. Pero ha habido también defensa de culturas minoritarias, inspiración de renacimientos culturales, resolución de crisis de identidad, legitimación de solidaridad social, influencia para resistir a la tiranía, ideal de soberanía popular.

De acuerdo con Fernández (2000) el nacionalismo presenta una serie de paradojas, que están asociadas a su ambigüedad conceptual. El nacionalismo tiene a la vez una posición emancipadora y autoritaria. El nacionalismo, a veces, incurre en una cuadrícula etnocéntrica que divide los nacionalismos entre occidental y oriental; cívico y étnico; doctrinario e instrumental; interior y exterior. Este enfoque tan dualista deja implícita la idea que el nacionalismo tuvo un momento virtuoso y luego fue apropiado por países inmaduros, y que los maduros y civilizados, están a salvo de este virus. Pero el nacionalismo es un fenómeno elusivo y complejo. Delannoi (1993) sostiene que la fortaleza del nacionalismo radica precisamente en su ambigüedad: es orgánico y artificial; individual y colectivo; universal y particular; ideológico y apolítico; trascendente y funcional; continuo y discontinuo. El éxito y la persistencia de la forma nacional se deben a sus ambivalencias y equívocos que repugnan o entusiasman. La nación ha sido vista como un terreno en disputa, depende de las relaciones de poder y la creación de campos discursivos (Radcliffe y Westwood, 1999).

Libertad o necesidad

Renaut (1993) plantea la existencia de dos ideas modernas de nación, la nación revolucionaria según la cual la nación es una decisión voluntaria. Esta idea corresponde a la Ilustración y se concreta en la Revolución Francesa. Se inscribe bajo la idea de libertad y se defiende el derecho al suelo, es la nación cívico-territorial en el lenguaje de Smith (2004). La otra idea es la noción herderiana de *Volksgeist* (espíritu del pueblo) desplegada entre los románticos, según la cual existe un genio/espíritu nacional. Implica la pertenencia a una comunidad viva de lengua y de raza. Está representada por la nación alemana. Se inscribe bajo la idea de necesidad. La comunidad precede al Estado y se defiende el derecho de la sangre. Es la nación étnica en términos de Smith (2004). En efecto, Smith diferencia los nacionalismos basados en territorio, “cívicos” y los nacionalismos basados en etnicidad, “étnicos” (Smith, 2004).

Para el clásico del nacionalismo francés, Renan (2000 [1882]) hay algo superior a la lengua: la voluntad. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos. La existencia de una nación es un plebiscito de todos los días. Sus habitantes tienen derecho a ser consultados. Una nación no tiene jamás el verdadero interés en anexionarse o retener un país contra su voluntad. Las naciones no son algo eterno, tienen un inicio y un fin.

Según Breuille (1985) cabe la posibilidad de elaborar un concepto histórico-territorial de la nación, que es muy distinto de un concepto étnico. Un concepto así transfiere el criterio de identidad desde la gente a los lugares. Basar la identidad nacional en la elección individual parecería que implica abandonar toda noción de identidad de grupo.

Elites o masas

Muchos teóricos sostienen que las elites son las portadoras naturales del nacionalismo, o las que imaginan y construyen la nación, mientras que tienden a ver las masas como receptáculos pasivos de las iniciativas nacionalistas. Sin embargo hay una tendencia en la historiografía a revalorar el

rol que las masas cumplen en las sublevaciones nacionales (Demélas, 2003, Guerra 2003), así como el rol en la propia configuración del Estado-nación (Mallon, 2002)

Para Hobsbawm (2000) la conciencia nacional se desarrolla desigualmente entre agrupamientos y regiones de un país. Pero los últimos en verse afectados por la conciencia nacional son las masas. En contraposición, Connor (1994) advierte que la conciencia nacional en las masas, es un fenómeno distinto al de las elites, aunque la perspectiva de las masas frecuentemente ha sido indiscernible. A veces es dudoso si las elites nacionales han considerado que las masas son parte de su nación. Estas últimas se han percibido a sí mismas como un grupo paria, antes que como miembros de una familia nacional. Un sentido de nacionalidad común no es compatible si hay un corte profundo de división de clases. La formación de la nación es un proceso, no una ocurrencia o un evento. Ante la pregunta ¿cuándo es una nación? plantea Connor, se podría responder que es el punto del proceso en el cual una porción suficiente del pueblo ha internalizado la identidad nacional para que la causa del nacionalismo llegue a ser una fuerza efectiva para movilizar las masas.

También Smith (2004), en la misma tesitura de Connor, argumenta que su enfoque etnosimbólico se aleja del análisis centrado sólo en las elites característica del modernismo y mira la relación entre diversas elites y el pueblo que influye a través de tradiciones culturales y de su movilización vernácula, en la intelectualidad. Implica un análisis de largo plazo que da luces sobre el lugar que ocupan las etnias y las naciones. Los teóricos modernos y los postmodernos se encontrarían en el hecho de que las elites construyen e inventan la nación (Smith, 2000).

En definitiva la ambivalencia del nacionalismo puede ser una debilidad aunque también ha sido postulado como su mayor fortaleza. Esta ambigüedad es precisamente lo que le ha permitido sobrevivir en contextos diversos adaptándose a circunstancias variables.

Procesos de conformación del Estado-nación

En Europa

Cada proceso de conformación del Estado-nación es específico. Parekh (2000) argumenta que habitualmente se recalca que el nacionalismo fue inventado en Europa y exportado al resto del mundo, pero esto implica alabar y culpar demasiado a Europa. Además, la evidencia empírica no sustenta esta tesis, si bien la Revolución Francesa ocurrió en 1789, la Revolución Americana la había antecedido –aunque hay debate sobre si fue o no una revolución nacionalista, y todos los movimientos de independencia en Hispanoamérica fueron anteriores a los movimientos nacionalistas en Europa.

Cuando los países no occidentales usaron el lenguaje del nacionalismo, tomaron prestadas algunas ideas europeas, pero tanto las adaptaron como combinaron con las derivadas de sus propias tradiciones. Europa era el modelo, aquí encontramos el tipo francés de la nación en base a la voluntad y el tipo alemán de la nación en base a la etnia. Pero dentro de la propia Europa hay países que modificaron radicalmente el modelo tradicional del Estado nacional como el Reino Unido, Bélgica. Pero aún el modelo sólido europeo ha sido cuestionado. Eugen Weber demostró que muchos habitantes rurales de Francia no se concebían a sí mismos como franceses y miembros de la nación francesa sino hasta 1870 (Connor, 1994). Lo cual hace relación al debate ya planteado sobre elites/masas y nacionalismo.

De acuerdo con una concepción bastante lineal de Hobsbawm (2000) en Europa pueden distinguirse tres fases en la conformación del Estado-nación. La fase A cultural, literaria, folclórica, sin implicaciones políticas. La fase B, inician las campañas políticas a favor de las tesis nacionalistas. Y en la fase C, los programas nacionalistas obtienen el apoyo de las masas.

Watson (1992) plantea que la Revolución Francesa y luego diferentes etapas vividas en el siglo XVIII y XIX, en Europa, fueron posibilitando que emergiera un nacionalismo popular y que la nación fuera aceptada como la unidad política básica. En este contexto nacionalismo y democracia estaban relacionados, democracia significaba que el pueblo podía

gobernar o al menos elegir libre y periódicamente a sus gobernantes. Así cada demos y cada nación podían tener su Estado independiente. La soberanía de esta forma se trasladó desde la corona hasta el pueblo y así confluyeron los principios de territorialidad, soberanía y democracia.

En sociedades poscoloniales

Las diferencias de castas, etnia, religión o lenguaje dominan la política de las sociedades poscoloniales. Las cuestiones políticas relativas a problemas sociales y económicos subyacentes se expresan a menudo mediante el lenguaje de las demandas culturales, lingüísticas o regionales (Alavi, 1988). Por ejemplo, afirma Parekh (2000) que la India es un Estado no nacional, donde se impone la pluralidad relajada y caótica de la vida tradicional india a la rigidez y homogeneidad de la nación estado europea. No hay garantías suficientes para llamar a cada movimiento independentista “nacional”, dado que donde no hay conciencia de la nación tampoco puede haber nacionalismo. Mientras en Europa los grupos étnicos proveyeron la base para el nacionalismo, en otras partes, éstos tuvieron sólo una limitada base étnica, de acuerdo con Parekh. Podían basarse en la religión, la cultura o la lengua, con lo cual el nacionalismo adquirió una lógica diferente. Cuando hay un elemento “pan”, como en África o en los países árabes, el nacionalismo de cada Estado-nación no puede basarse en la raza, la etnicidad, la religión o el lenguaje, dado que por ejemplo los países árabes comparten la religión y la lengua. Es decir, debe apelarse a otros elementos de distinción.

Sin embargo, desde otra perspectiva, se ha destacado que en el Tercer Mundo los movimientos nacionales de liberación eran internacionalistas, al menos sus líderes (Hobsbawm, 2000). En sociedades poscoloniales, incluida América Latina como veremos más adelante, es el Estado el que crea la nación. Pero esto también ha ocurrido en algunas sociedades centrales.

El Estado-nación en América Latina

Se pregunta Anderson (2000) por qué estas comunidades criollas tuvieron concepciones tan precoces de su nacionalidad antes que la mayoría de los europeos. Madrid las trataba como zonas económicas aisladas, de ahí que luego prevaleciera el *uti possidetis* según el cual cada nación debía preservar el status quo de 1810. Analiza Anderson el rol de los funcionarios civiles criollos frente al de los funcionarios de las monarquías absolutistas. Estaban reducidos a un papel secundario y contradictorio puesto que a la vez que aseguraban el poder real, constituían una amenaza para él. El impresor-periodista fue un fenómeno americano, su despacho fue centro de las comunicaciones y de la vida intelectual, estos periódicos tenían un carácter provincial. La dualidad del primer nacionalismo hispanoamericano oscila entre la inmensidad continental y el particularismo local. Si la experiencia hispanoamericana no desembocó en un nacionalismo continental único es porque el capitalismo y la técnica aún no estaban desarrollados a fines del siglo XVIII, y este retraso español obstaculizaba la administración de un imperio tan grande. Pero el análisis de Anderson sobre América Latina no es en absoluto pertinente, según Guerra (2003). Ha sido criticada la explicación de Anderson sobre el surgimiento de la nación en América Latina, por no corresponder el término nación al uso que se le daba en su momento en esta región y además porque ignora el hecho que los discursos de fraternidad en América Latina se articulan con relaciones profundamente jerárquicas. (Lomnitz, 2001)

Parkeh (2000) también menciona que en América Latina el elemento pan tiene una base española o latinoamericana derivada del hecho colonial. El pan-nacionalismo es articulado culturalmente no étnicamente, es fuertemente europeo en su definición de la identidad latinoamericana y es, al mismo tiempo, culturalmente colonial y políticamente anticolonial. Pero las presiones políticas de los pueblos nativos han complicado la situación aún más. En general el nacionalismo en estas partes del mundo no-europeo, se mantiene abierto, inclusivo y capaz de incorporar un electorado continental.

Por su parte Quijada (2003) afirma que en el discurso de la independencia el término clave no fue tanto nación como patria, que tiene una

connotación más precisa, se refiere a la tierra donde uno ha nacido. La lealtad a la patria, no es discutible. A diferencia de la comunidad imaginada de Anderson, la patria es inmediata y corporizable. Se ha identificado patria con la idea de libertad. Frente a esta univocidad del término patria, el término nación abarca tres acepciones diferentes: cultural, territorial e institucional. El indio heroico de la independencia, mito de la nacionalidad, se había convertido, posteriormente en una fiera carente de toda capacidad de civilización. Pero estas ideas no consiguieron eliminar las contrarias argumentaciones que defendían la capacidad de la población “no blanca” para la civilización y enunciaban las condiciones de vida como la causa última de las diferencias entre los grupos humanos. Así se fue afianzando en el imaginario de las elites el retorno al ideal de una nación incluyente. No bastaba con la integración política, ni siquiera la social, era imprescindible alcanzar la integración cultural plena. La nación homogénea de la república no logró borrar del imaginario de las elites la nación civilizada, como ésta no lo hizo tampoco con la nación cívica de la independencia. La nación seguiría siendo un proyecto inacabado.

Colom (2003) advierte que hay un teleologismo en la historiografía nacionalista pues la emancipación se presenta como destino obligado a las naciones americanas. Dentro de una corriente crítica se insiste en la naturaleza política y cultural de las revoluciones de independencia. Difícilmente podía emanciparse lo que al mismo tiempo se exhortaba a construir, la nación. Los sectores criollos fueron precoces en ingresar en el universo ideológico nacionalista. Las referencias nacionales debieron competir con otros discursos de dimensión continental como el latinoamericanismo que indirectamente revelaron la fragilidad histórica del proyecto nacional. Las elites mexicanas, por ejemplo, apelaron a un imaginario indigenista con el fin de construir una concepción étnica de la nación. El republicanismo de numerosos próceres es elocuente, sobre todo el de Bolívar. Se trataba de fundar la nación apoyándose en la virtud de sus ciudadanos. Un voluntarismo político que se mantenía en la indefinición. Bolívar dice en su carta de Jamaica “no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”. Los constructores de nuevas o potenciales naciones en

América Latina, se ven obligados no al olvido, sino a la rememoración del agravio real o ficticio para movilizar voluntades.

Al comparar el proceso de formación de naciones con relación al proceso de formación de estados en América Latina, Baud *et al.* (1996) afirman que el primero se quedó rezagado con relación al segundo. Los autores analizan el carácter complejo de la formación de la nación y la etnicidad y plantean que las diferencias somáticas tienen menos importancia que las socioeconómicas y culturales. Mientras en el siglo XIX el problema fue cómo asimilar a los indios y negros, en el siglo XX se trataba más bien de lograr una homogenización étnica. Sin embargo, se fue negando menos la diversidad étnica y conceptos como mestizaje y democracia racial fueron parte de la retórica nacionalista. Esto fue lo que posibilitó que se desplegaran y posicionaran estrategias étnicas de grupos indios y negros. Gracias a estas estrategias se ha llegado a compromisos de constituir naciones multiculturales y hasta un Estado multinacional.

De acuerdo con Pérez-Vejo (2003) se ha construido un relato mitopoiético y teleológico en el que las independencias son imaginadas como guerras de liberación nacional. La paradoja es que parece liberarse lo que aún no existía, unas naciones que estaban todavía por construir. Y también es paradójico porque primero se proclamaron estados en nombre de naciones inexistentes y después se construyeron éstas. Las repúblicas hispanoamericanas apostaron por una nación de tipo esencialista, se construyeron imaginarios en torno a la uniformidad étnica nacional, se territorializó la historia, se usó una genealogía definida no por la sangre sino por la tierra, se sustituyó la lengua por la cultura popular. La lengua sirvió para cimentar la idea de la existencia de una comunidad latinoamericana de naciones, un mito que se ha mantenido en casi dos siglos de vida independiente.

Guerra (2003) en cambio le otorga un carácter pasivo a los procesos de independencia latinoamericanos y ubica más en la inercia de la caída del imperio español la conformación de las naciones. Sostiene, como la mayor parte de los autores analizados, que los estados latinoamericanos preceden como estados, a la mayoría de los Estados-nación europeos. La nación es un punto de partida y un proyecto todavía en parte inacabado. El Estado se convierte en un actor supremo y omnipresente. El problema

de la América hispana no es el de diversas nacionalidades que van a llegar a formar un Estado, sino el problema de construir “naciones” separadas a partir de una misma “nacionalidad” hispánica. Es la ruptura de un conjunto político plural dotado de una gran homogeneidad cultural. Sin embargo, esta apreciación de Guerra implica desconocer el sustrato de la cultura indígena para la definición de la nación

Para Annino (2003) el movimiento emancipador fue traicionado por un nuevo actor político, el caudillo. Los cabildos en América fueron parte de una compleja estructura territorial pluriétnica. La idea de territorio de las distintas culturas indígenas no se perdió durante la colonia sino que se redefinió en los nuevos contextos. El sector indígena organizado en las repúblicas tenía una buena experiencia electoral porque todos los cargos fueron siempre electivos, al contrario de los cabildos blancos; además el número de cabildos indios fue superior al de los blancos. Se trataba de una representación de antiguo régimen, corporativa, jerárquicamente estructurada en el grupo y en el territorio, con privilegios particulares, fueros, etc. Con la ruptura completa de toda relación con España y la derrota del sueño bolivariano, se asiste a una impresionante afirmación de agentes colectivos que reivindican su poder territorial. Se redistribuyó la soberanía entre los cabildos provinciales de América y empujó a otros cabildos a ganar una posición de igualdad. En la crisis se desarrollaron muchos proyectos de independencia: unos tradicionales, otros más modernos. Los distintos proyectos nacionales debían medirse con la preexistencia de tres soberanías que luchaban entre sí: la de los pueblos, la de las provincias y la de los nuevos centros que aspiraban a ser nacionales. Las soberanías de los pueblos se contrapondrán durante mucho tiempo a la soberanía del pueblo o de la nación. De aquí podría desprenderse el surgimiento de lo local, lo regional y lo nacional en América Latina. Además se evidencia el carácter problemático y complejo de las independencias y la conformación de los Estados-nación en América Latina.

En los Andes

Demélas (2003) sostiene que a diferencia del prejuicio que pretende alejar a las comunidades indias de la escena política, el estudio de su actuación durante las luchas emancipatorias demuestra que el juego político estaba constituido por las relaciones complejas, de alianza y de lucha, mantenidas por las comunidades campesinas y la clase política. La supervivencia o la desaparición de las comunidades ponían en juego todo el funcionamiento político de los Andes. Los ejemplos que cita, en Bolivia y Perú, sugieren una acción más consciente, una visión más política de la participación de los actores colectivos de lo que se pensaba antes. Las formas de vida política imponían el recurso a los representantes y a los mediadores, dirigentes criollos o mestizos con quienes las comunidades establecían relaciones estrechas y se confundían con caudillos carismáticos.

Mallon (2002) plantea que la hegemonía está asociada con la consecución del Estado-nación. Para ello advierte la necesidad de combinar niveles de análisis distintos para comprender la complejidad del proceso hegemónico: local, regional y nacional. Para Mallon se puede hablar de la construcción de un Estado nacional en aquellas sociedades que han logrado incorporar las demandas de los sectores y la cultura popular mediante un proyecto moral y social común, como el caso de México. Mientras que proyectos excluyentes, como el de Perú, con una manifiesta incapacidad del Estado por incorporar las demandas de las guerrillas campesinas, no se puede hablar de la construcción de un Estado-nación, ni de hegemonía. Desde un análisis sobre lo contemporáneo, Hobsbawm (2000) llega a sostener que en los países andinos los indios, que pasan a formar parte de la baja clase media, son reclasificados como mestizos o cholos, independientemente de su aspecto. Los indios han tenido profundo sentido de la diferencia étnica de los blancos y mestizos. Pero eso no ha dado origen a un movimiento nacionalista. No ha inspirado siquiera, afirma el historiador, sentimientos panindios entre los indios, en contraposición a los intelectuales indigenistas.

El Estado-nación en el Ecuador:

¿Una línea imaginaria en una nación imaginada?

El voluminoso análisis de Quintero y Silva (1990) plantea que la regionalización constituye una característica constante en el proceso de construcción de la nación ecuatoriana y que esta característica ha sido una de las fuentes mismas para la imposibilidad de la unificación como nación en un proyecto histórico nacional. A pesar de la fragmentación y regionalización de los tres centros neurálgicos de la Real Audiencia, existían elementos de un orden moral e intelectual que los ligaban y era una sociedad jerárquica atravesada por un profundo corte étnico-cultural: la clase se confundía con la raza en una simbiosis drástica y conflictiva cuyo elemento diferenciador giraba en torno a la etnicidad. El propio nombre de Ecuador, una línea imaginaria, fue consecuencia de que grupos dominantes de Guayaquil y Cuenca no quisieran otorgar al nuevo Estado el antiguo nombre de Quito. Es el signo de un compromiso forzado por el vacío de una fracción con capacidad estatal unificadora de clase. El permanente conflicto en el seno de la clase terrateniente obedecía a la vigencia de una relación de poder entre las fracciones regionales que acusaba su ausencia de unificación en el estado y la incapacidad por parte de cada fracción regional de representar intereses objetivos comunes al conjunto de la clase.

Un estudio reciente sobre la conformación de la nación en el Ecuador, de Radcliffe y Westwood (1999) plantea que las identidades nacionales –en plural– sólo emergieron en los siguientes cien años a su conformación de 1830. Sin embargo, los grupos indígenas y negros serían en gran medida “inimaginados” en la comunidad nacional pese a la revolución liberal. En relación al nacionalismo popular investigan la forma cómo el Estado en el Ecuador, a través de los monumentos, la historia, la geografía y los mapas, la educación cívica, el servicio militar, los museos, presentan un discurso sobre la nación. Se sostiene que el gran conflicto que surge es el reconocimiento que se hace de la multitud de grupos culturales, sin embargo no se explican –las autoras– cómo empatar esto con la idea de una nación unitaria. Se menciona constantemente que la unificación y nacionalización de los ciudadanos puede llegar a ser problemática porque hay un énfasis en la diferencia y no en la igualdad, lo que puede llevar a

reforzar jerarquías de diferencia. Estudian lo popular para la definición de la nación. Las versiones oficiales de la ecuatorianidad son cuestionadas desde distintos lugares e instancias, desde lo indígena, pero también desde lo afro. La constitución de un único otro ha sido problemática porque es múltiple, hay una inmensa variedad de otros. El grado de distanciamiento con el Estado y los grupos gobernantes no es tan profundo como en otras partes. El descentramiento y la regionalización que han caracterizado al Ecuador continúan circulando. Hay solo un elemento o una señal que permite el consenso y es la alterización del Perú. El otro peruano, sostienen las autoras, es un aglutinante social que mantiene unida a una sociedad descentrada y fracturada como es el Ecuador contemporáneo. No obstante, después de obtenido el acuerdo de paz con el Perú, se ha podido advertir que este no era el único, ni el más efectivo aglutinante.

En general trasluce en la literatura un cierto pesimismo por el fracaso en la construcción del Estado-nación en el Ecuador. En parte el problema es también teórico, los modelos europeos se imponen como referentes a los propios intelectuales ecuatorianos, y no acabamos de calzar en ese proceso. Y, frente a otras miradas, no deja de haber un cierto dejo colonialista, por aquello que no se logra comprender. Sin embargo las exclusiones, fracturas, ausencia de reconocimientos están presentes en nuestra realidad. Aunque ahora mismo, a través de una renovada visión de la nación expresada en un nuevo marco jurídico, se trata de conjugar precisamente esa multiplicidad en un proyecto incluyente, a través de la interculturalidad. Pero éste es un desafío que está por construir, así como nuevas investigaciones sobre este proceso de conformación del Estado-nación, que continúa haciéndose y rehaciéndose.

La Región

El espacio

Para Coraggio (1989) la cuestión de la espacialidad de los fenómenos no puede elucidarse sin considerar la cuestión de la legalidad o de los órdenes del ser (físico, biológico, social) y su articulación con la formación

concreta. Hay una versión fiscalista de los fenómenos sociales que aplica leyes físicas para entenderlos; una versión organicista que ve patologías de las formas espaciales, pero también hay un reduccionismo social que limita lo social a lo económico. La espacialidad social es indirecta y está basada en la articulación entre naturaleza y sociedad, es históricamente determinada y no universal. Para que sean formas espaciales deben tener recurrencia, regularidad y ser claramente identificables.

El espacio no es categoría de lo social; sin embargo las formas espaciales tienen determinaciones sociales. Se rechaza toda postulación que cosifique o autonomice el espacio, las formas espaciales son formas de los procesos sociales que no pueden separarse realmente de éstos. No se trata de que una forma espacial condicione un fenómeno social sino que un fenómeno social condiciona o induce a otra y, en tal sentido, las formas espaciales no están fuera de lo social.

Coronil (2002) plantea que mientras la modernidad empujó a la geografía hacia el trasfondo, la postmodernidad la hace regresar al centro del escenario. Si se tiene en cuenta que el complejo conjunto de transformaciones culturales asociado a la postmodernidad conlleva una crisis de los metarrelatos y, por consiguiente el privilegio de la simultaneidad en detrimento de la secuencialidad, y de la superficie a costa de profundidad, se entiende que la postmodernización de la geografía conduzca, como dice Soja, al desplazamiento del tiempo por parte del espacio. Pero para Lefebvre los seres humanos construyen el espacio, aunque no como una cosa. Los espacios se producen a partir de relaciones sociales y de la naturaleza, que constituyen su materia prima. Son tanto el producto como la posibilidad de las relaciones sociales. Hay un papel del poder en la producción social del espacio, en cuanto es una relación inherente a las relaciones de propiedad, de la tierra sobre todo, y está vinculada con las fuerzas productivas. Lo que puede llamarse división internacional de la naturaleza constituye la base material de la división internacional del trabajo: son dos dimensiones de un proceso unitario. El mundo de las mercancías no puede concebirse separado del mercado mundial, el cual se define territorialmente (flujos y redes) y políticamente (centros y periferias). Argumenta Coronil que, si como proponen los geógrafos radicales, la geografía importa, es porque hace valer a la materia misma. La importan-

cia de la geografía no consiste en desplazar a la historia, sino en integrar perspectivas históricas y geográficas.

Delgado (2001) parte de un reconocimiento del valor de la espacialidad en todos los procesos sociales, superando así la obsesión modernista por la historia. La pionera geografía regional utilizó indistintamente los términos espacio, lugar, región y territorio. Se partía de delimitar una porción de la superficie terrestre para luego describir sus características físicas, humanas y culturales. Posteriormente se produjo una revolución cuantitativa al surgir la geografía como ciencia espacial de carácter positivista, se ponía al espacio como elemento articulador de la disciplina y como objeto de teorización. Pero algunos de sus desarrollos devinieron en un auténtico fetichismo espacial. De cara a su crítica surgió la geografía radical de inspiración marxista que haría de la geografía una especie de economía política de la producción del espacio.

Geógrafos connotados como Harvey, Soja, Lefevre y Santos son sus más conspicuos representantes. Para ellos la producción social del espacio y del tiempo es un escenario de lucha y confrontación en el que se involucran diferencias de clase, género, culturales, religiosas y políticas. Harvey propone un materialismo histórico-geográfico. Hay espacios dominantes y espacios de resistencia, y exigen una interpretación materialista de la espacialidad. Establecen una relación dialéctica entre la espacialidad percibida, concebida y vivida. Se prioriza el análisis de los espacios relacionados con lo clandestino, en los espacios de los dominados, de las periferias, de los márgenes, llenos de política e ideología que descansan en las prácticas materiales. El espacio no es neutro. En esto último también coinciden las geografías de género que denuncian que el espacio es un instrumento de discriminación y dominación que sustenta el dominio masculino de la sociedad, pero acusan a las geografías positivistas y marxistas por ignorar el otro femenino. En las visiones postmodernas se multiplican por miles los escenarios de la lucha política sustentadas en una micro-política de la fragmentación espacial. A partir de la teoría de la estructuración de Giddens se desarrolla una nueva ciencia espacial que mira las realidades significativas e identifica tres niveles: estructuras, instituciones y actores. La geografía ha dado un giro epistemológico desde una fundamentación en las ciencias naturales a la lógica de las ciencias sociales.

Territorio, en cambio, significa la tierra que pertenece a alguien. Territorio es un concepto relacional que insinúa un conjunto de vínculos de dominio, de poder, de pertenencia o apropiación entre una porción o la totalidad del espacio geográfico y un determinado sujeto individual o colectivo (Montañez, 2001). Territorio es el espacio apropiado y valorizado, simbólica o instrumentalmente, por los grupos humanos. El espacio es la materia prima del territorio. Hay tres ingredientes primordiales en todo territorio: la apropiación de un espacio, el poder y la frontera (Giménez, 2000). Particularmente, las fronteras nacionales son construcciones imaginadas de poder territorial, que aunque aparezcan en mapas, reflejan imágenes de los políticos e intelectuales (Baud, 2004).

Se puede advertir una tensión no resuelta entre la historia y la geografía, entre el tiempo y el espacio. El primero dominó con la modernidad, y el segundo con la postmodernidad. Pero teóricos como Coronil han señalado ya la importancia de articularlos.

Las concepciones de lo regional

La región ha sido estudiada desde la geografía, la economía, la sociología, la antropología. Sin embargo, los enfoques de lo regional están dispersos y no se ha construido un marco teórico coherente. Se mira la región como espacio geográfico, como campo propicio para la planificación y el desarrollo regional, como un espacio de conflictos sociales, o como un lugar de inscripción cultural.

Archetti (1989) plantea a la región como una posible unidad de análisis. Las regiones y no las comunidades, las regiones y no la nación, permiten, por un lado, comprender las formas de articulación específicas entre localidades y, por otro lado, plantear como problema las complejas relaciones entre regiones en el seno de una unidad política nacional. Su propuesta metodológica implica ver parentesco, economía, religión y política. Para Skinner no sólo lo que ocurre localmente se puede explicar a partir de la región sino que hay fenómenos que sólo ocurren regionalmente. El análisis regional no se presenta como teoría social sino como un método de análisis apropiado. Mecanismos de poder y dominación política o

sistemas simbólicos no siempre se explican por pautas de intercambio localizadas regionalmente, al menos eso no parece ser el caso de sociedades complejas. Es una cuestión abierta. El análisis regional puede pecar de todo reduccionismo metodológico: antes la comunidad ahora la región.

Para Coraggio (1989) regiones son esos ámbitos definidos a partir del dominio territorial particular de una relación de acoplamiento o de una relación de semejanza. El debate sobre si las regiones son reales o pensadas es falso, pues la región contiene elementos subjetivos pero también objetivos. En la visión de Coraggio, el concepto de región, subnacional o supernacional, apela a segmentos del territorio como locus y no a las relaciones de las cuales son ámbito, o a los agentes en ellos localizados, o a los flujos cuyos senderos incluye, o a los elementos naturales que contiene. La región no existe más allá o independientemente de las relaciones y elementos de los cuales es región, pero tampoco se confunde con ellos. Es un complejo social-natural. Se rechazan las concepciones que consideran la región como forma espacial más contenido natural o más contenido social y se adopta el criterio de que la regionalización es forma espacial de una sociedad.

El determinismo natural está articulado y sobre construido por el determinismo social. Siendo el capital una relación social y no un mero objeto físico, la regionalización es fundamentalmente de los agentes y elementos de producción que se acoplan. El proceso de acumulación de capital está objetivamente regionalizado en ámbitos territoriales más o menos definidos. Pero también hay una regionalización de los procesos políticos e ideológicos de dominación pues no son separables de los de producción.

Sejenovich y Sánchez (1989) recapitulan los principales enfoques de lo regional. Dentro del enfoque funcionalista de la economía neoclásica, la cuestión regional se posicionó derivada de las teorías del desarrollo y de la planificación. Las tesis del desarrollo equilibrado de Nurske y del desarrollo desequilibrado sostenido por Hirschman luego serían incorporados en la temática regional, a través de la implementación de ciertas políticas públicas. Posteriormente se dio paso a la teoría de los polos de desarrollo como una forma de romper la postergación de las regiones; es decir se trataba de construir un polo industrial que atrajera tanto capital, mano de

obra, mercados y propiciara el crecimiento de regiones deprimidas. En la mayoría de los estudios la relación naturaleza-sociedad era secundaria. La naturaleza intervenía como insumo para la actividad económica. Las investigaciones adolecían de un reduccionismo económico que ignoraba los problemas sociales como los ecológicos. Pero también estaba presente un reduccionismo geográfico según el cual la naturaleza juega un papel dominante. Otro reduccionismo es el sociológico, ya que mientras se comprende cómo lo social influye sobre lo natural, no se comprende cómo las relaciones sociales están mediadas por elementos naturales y reciben sus influencias. Estos estudios consideran a la naturaleza como un parámetro, aunque realmente sea una variable.

Sobre la definición de región se enfatiza que no se debería centrar la polémica en los límites espaciales de los conceptos que permitan definir una región, sino que el análisis debe estar en todos los factores que intervienen en el desarrollo de conflictos con base regional que no son sino expresión del desarrollo desigual. Frecuentemente se quiere dar a la región un grado de autonomía excesivo por los espacialistas. Pero esto no tiene en cuenta que las regiones están insertas en una economía nacional e internacional. Por otro lado están las posiciones que consideran a las regiones apenas como espejos que reflejan lo que acontece a nivel nacional reproduciendo las relaciones de la nación. Ambas afirmaciones son insuficientes y unilaterales.

Moncayo (2001) en un trabajo reciente, hace un esfuerzo por sintetizar las principales tendencias de las teorías del desarrollo regional. Luego de analizar una muy amplia gama de enfoques concluye que por un lado están los enfoques propiamente espaciales que se originaron en la geografía, y que ponían énfasis en lo territorial ya sea en términos de factores físicos o de procesos económicos y tecnológicos. Y por otro lado se ubican los enfoques derivados de adaptaciones regionales de modelos más generales de crecimiento económico. Pero estas dos vertientes –espacial y funcional– confluyen en una concepción más integral del territorio en la cual éste sería un elemento explicativo esencial de los procesos de crecimiento. El desarrollo territorial trasciende el campo económico para ingresar en las dimensiones social, cultural y política. Está demostrado, nos dice Moncayo, que las regiones que “ganan” son aquellas donde los

valores, las instituciones y en general la atmosfera sociocultural refuerzan el potencial tecno-económico del desarrollo local.

Lo regional en América Latina

Para Sabaté (1989) las regiones constituyen el espacio básico de la explotación, el escenario de las luchas sociales y del juego político. Se puede conjeturar la existencia de una precariedad de la hegemonía centralizada y la persistencia de ámbitos productivos relativamente independientes donde segmentos de la sociedad civil adquieren predominio local. O bien que estas sociedades civiles locales se desarrollan y consolidan a partir de una hegemonía centralizada o poder local que puede o no estar apoyado en la hegemonía de nivel nacional. Sostener que los conflictos regionales podrían tener en su mayor parte características contestatarias, es complicado a criterio de Sabaté, como resultado del llamado “colonialismo interno”. Los habitantes del interior resultan como los dominados. Esta es una concepción dependientista populista.

En el Ecuador, la regionalización ha sido vital (Quintero y Silva, 1990). A lo largo del siglo XIX tres fueron las formas que adoptó la cuestión nacional: la regionalización como forma del conflicto entre las clases terratenientes regionales; el corte étnico-cultural, como forma que atravesó el conflicto entre las clases antagónicas; y, la cuestión limítrofe como forma de expresión de la ausencia de soberanía. La revolución liberal de 1895 marca un nuevo hito en este proceso de regionalización puesto que a partir de ahí ya no se habla de las antiguas tres regiones sino de la regionalización entre dos regiones ampliadas: entre sierra y costa. El desarrollo regional y desigual del Estado fue una manifestación del desarrollo regional y desigual del capitalismo, que se agudizó durante las primeras décadas del dominio burgués puesto que no logró centralizar la economía en torno a un solo eje. La ausencia de una unificación nacional y de esos proyectos da cuenta también de la capacidad de convocatoria de las clases dominantes regionales respecto de las clases subalternas regionales. El Estado no se alimentaba del poder de las clases dominantes de las regiones, al contrario, estaba limitado por ese poder, entonces el espacio regio-

nal estaba fuera del alcance del Estado. En el siglo XX persiste la regionalización como proceso inherente a la constitución estatal ecuatoriana.

El tema de la identidad regional es una de las aristas del debate sobre lo regional. Para Smith (1997) la identidad local y regional está generalizada en épocas premodernas. Se piensa que el localismo y el regionalismo poseen una cualidad cohesiva, pero esto es engañoso: es fácil que las regiones se fragmenten en localidades y que las localidades se desintegren en poblaciones independientes. Es muy raro encontrar un movimiento regional cohesivo y poderoso, pero de haberlo es probable que la unidad se derive de la ideología antes que de la ecología. El regionalismo es incapaz de mantener la movilización de sus habitantes, debido a la diversidad de quejas y problemas singulares que plantean. Radcliffe y Westwood (1999) recogen que el término “patria chica” expresa en América Latina un sentimiento de filiación espacial. Plantea la idea de filiaciones espaciales superpuestas con la patria y el lugar de origen.

Hoerner distingue dos tipos de territorio: los territorios próximos o identitarios y los territorios más vastos. La región sería la bisagra entre ambos, entre la patria y la “matria”, entre la nación y la localidad. La región es demasiado grande para responder a las preocupaciones de la vida cotidiana y demasiado pequeña para ser institucionalizada como un estado (Hoerner 1996 en Giménez, 2000). Puede ser entendida como un constructo que resulta de la intervención de poderes económicos, políticos o culturales. La región socio-cultural puede considerarse como soporte de la memoria colectiva y como espacio de inscripción del pasado del grupo. La geografía cultural ha introducido el concepto de geosímbolo, concibiendo a la región con un espacio de comunión cargado de significados, valores y afectos (Giménez, 2000). La identidad regional se da cuando por lo menos una parte significativa de los habitantes ha logrado incorporar a su propio sistema cultural los símbolos, valores y aspiraciones de su región. Sin embargo, la identidad regional no es un constructo unánime: puede ser evaluada positivamente y en tal caso generará pertenencia y un fuerte apego, estimulará la solidaridad regional y una relativa resistencia a las amenazas externas. Pero puede ser evaluada negativamente por otros actores quienes se convertirán en migrantes potenciales puesto que consideran irrealizable su proyecto de vida en la región.

La tensión nación-región

Como se desprende de la discusión anterior, ciertas aproximaciones se inclinan a decir la nación y no la región como fuente principal de lealtad y de identidad; y como principio organizador del sistema económico, social y origen de identidades políticas. Otros, en cambio argumentan que es la región y no la nación tanto el principio organizador del sistema económico así como la fuente de identidad social y política. A criterio de Derrida las oposiciones binarias son el mayor principio organizador de los conocimientos modernos que construyen identidades fijas y opuestas, en lugar de identidades contingentes y provisionales. Bajo esta consideración el debate de si es la nación o la región es un falso debate. Se trata más bien de ver cómo se manifiesta esta tensión, no resuelta, en la que ambas se articulan. La articulación entre región/nación es una dinámica que se retroalimenta y está íntimamente articulada. Corresponde investigar procesos históricos y sociales específicos para advertir si la tensión nación/región favorece a alguna de ellas como principio articulador.

De acuerdo con Knight (1982) la función del nacionalismo es la transferencia de lealtad de los grupos de parentesco o de los niveles local y regional a un grupo nacional mayor. De esta manera ha relacionado los sentimientos de pertenencia local y regional con el desarrollo de la conciencia nacional. Las identidades político-territoriales son realidades potentes. Desde un punto de vista, la nación es sólo un regionalismo. Las identidades político territoriales pueden ser acomodadas dentro de estructuras de estado existentes, pero grupos con distinta territorialidad basada en identidades tendrían el derecho a un reconocimiento político de esas identidades.

Para Agnew (1995) hay un entusiasmo reciente por lo local considerado más auténtico que lo nacional. Es una manifestación de la política postmoderna de la diferencia. Sugiere que es difícil para un movimiento retener un foco puramente local cuando las perspectivas para lo local no son decididas a esa escala; aunque hay que considerar que relaciones centro-local no son constituidas a través de procesos arriba-debajo de distribución del poder. Sin embargo, movimientos con una orientación localista o regionalista están aún inexorablemente configurados en un contex-

to espacial más grande. Lo local nunca es singular pero adquiere significado sólo en un contexto espacial más grande, el cual en muchos casos es aún nacional. Lo local es nacional porque las instituciones, los medios de comunicación y la economía son centralizadas. Además lo local y nacional no son políticamente antitéticos en la forma que ellos lo son geográficamente. Las memorias populares han sido comunes donde identidades local o regional han sido combinadas con una nacional. Varias escalas de identidad no son mutuamente excluyentes.

La tensión nación-región ha sido anunciada de forma muy temprana en América Latina. Para Guerra (2003) en un Estado supramunicipal, como el que se instituyó, tras la disolución del imperio hispánico, su único recurso son los “pactos y negociaciones” entre ciudades-Estado. La nación será el resultado inédito e incierto de la conclusión del pacto entre los pueblos. La existencia de espacios administrativos y económicos bien establecidos y de identidades locales y regionales eran obstáculos prácticamente insuperables para esta construcción. El fundamento político era aquí frágil y aleatorio a consecuencia de pactos entre los pueblos, y de la unidad impuesta a los pueblos por las armas de los libertadores.

Baud (2004) ha destacado la importancia de analizar los territorios fronterizos para entender el proceso de construcción de las naciones-estado en América Latina. Estas fronteras ya no tienen los significados geopolíticos que les otorgaban los políticos nacionalistas; en los márgenes del Estado, las poblaciones locales escapan del control estatal y se apropian de los discursos nacionalistas. Aunque las fronteras continúan siendo un marcador de la identidad nacional.

Quintero y Silva (1990) plantean que la regionalización en el Ecuador ha sido una de las fuentes mismas para la imposibilidad de la unificación como nación en un proyecto histórico nacional. En el seno del Estado se originó una polarización permanente que hizo imposible la creación de un centro político. Esta ausencia imposibilitó la creación de consensos y reforzó las prácticas de articulación-subordinación en los espacios regionales.

La relación Estado-nación y región ha sido analizada como una relación centro-periferia, pero no de oposición sino de coexistencia. En esta tesitura, Lomnitz (2001) analiza cómo discursos tanto del centro cuanto de la periferia han sido igualmente relevantes para el desarrollo de diná-

micas de distinción en ambos lugares. El centro también ha sido localmente construido, y se han evidenciado políticas locales de distinción para la negociación con las agencias estatales o como construcciones para la opinión pública nacional. Hay muchos discursos centro-periferia operando simultáneamente y sus signos y artefactos son constantemente manipulados en juegos locales por estatus, riqueza y poder. En las ideologías centro-periferia se expresan frecuentemente las dinámicas de distinción, pero estas dinámicas no están dadas sino que se hacen y rehacen constantemente. De ahí que centro y periferia sean términos mutuamente dependientes y sus relaciones sean constantemente renegociadas. Este enfoque cuestiona la tradicional tesis del “colonialismo interno” que tiende a ver como dentro de los estados-nación se reproducen las relaciones de dominación centro-periferia de una forma dada y mecánica. Sin embargo, para Lomnitz, tanto centros y periferias son locus con diferentes clases de dialécticas centro-periferia dentro de ellos mismos.

Según Montañez (2001) es deseable que el proyecto territorial de la nación abarque las diferentes escalas espaciales: territorios lugareños o lugares, territorios locales o localidades, territorios regionales o regiones, y el territorio nacional. El proyecto de la nación es pues –o debería ser– la síntesis articulada de la propuesta de construcción del espacio geográfico de la nación en sus diferentes niveles territoriales y de acuerdo con las aspiraciones de la sociedad.

Para Radcliffe y Westwood (1999) se trata de discutir el tema de la nación con lo local y lo global. La afirmación de la identidad no es un reflejo de un lugar donde se localizan los sujetos. Más bien la relación entre sujetos preconstituidos y lo local/nacional/global es una relación que debe articularse y rearticularse, expresarse y recibirse, hacerse y rehacerse.

En suma, una literatura tiende a ver una oposición entre la región y la nación, privilegiando en algunos casos la región y en otros la nación. Otros autores enfatizan en una suerte continuidad entre el regionalismo y el nacionalismo. Pero algunos otros recalcan en la importancia de contextualizar lo regional, con lo nacional y lo global. Consideramos que nación y región, frecuentemente, expresan un campo de disputas –que tiene como base el territorio– por recursos, poder y estatus.

Globalización, Estado-nación y región

Hay diferentes interpretaciones sobre el Estado-nación frente a la globalización. Hay una tendencia a afirmar que las naciones pierden importancia frente a la globalización (Guibernau), o que éstas ya no tienen ninguna importancia (Hobsbawm), o, en contraposición, que se mantienen invariables y más bien se han revitalizado (Smith). Sin embargo, si bien la globalización ha internacionalizado la economía, parece haberse provocado paralelamente una localización y regionalización de las identidades, como una suerte de retorno a comunidades primigenias de lealtad.

Inspirados por el neoliberalismo, se plantea que la mundialización de la economía habría provocado la disolución de fronteras, el debilitamiento de los poderes territoriales, la muerte de los particularismos locales imponiendo la lógica homogenizadora del mercado capitalista. El mundo se habría convertido en un gran mercado global. Pero éste es un enfoque contestado, la globalización lejos de provocar la desterritorialización tiene por origen y beneficiario a un centro constituido por un reducido núcleo de estados-nación, y se difunde por varias periferias. Esta configuración tiene un carácter territorial (Giménez, 2000)

De acuerdo con Smith (1997) si existe un fenómeno global es la nación y el nacionalismo, el estado-nación es la unidad política más ventajosa y cohesiva. El pannacionalismo está por encima pero no hará desaparecer las naciones individuales. Smith (2004) insiste en que el Estado-nación adquiere nuevas funciones sociales y culturales y de control interno. Las fronteras no son obsoletas y más bien hay evidencias de que las elites estatales han incrementado su poder mediante acuerdos y tratados. El estado nacional sigue siendo el único actor internacional legítimo. La globalización lejos de conducir a la superación del nacionalismo podría reforzarlo. Las diversas fuerzas de la globalización tienen el efecto de estimular un nuevo apego a territorios, asuntos y problemas locales.

En contraposición, para Fernández (2000) el auge del nacionalismo parece estar acompañado del ocaso del Estado-nación como efecto de la globalización. Junto con la internacionalización se produce un intenso surgimiento del localismo y regionalismo que pueden ser leídos como resistencias a la globalización. De acuerdo con Hobsbawm (2000) la na-

ción se halla en trance de perder una parte de sus antiguas funciones. Los conflictos políticos básicos que decidirán la suerte del mundo hoy tienen poco que ver con estados-nación. El nacionalismo ya no es un programa político mundial. Para Guibernau (1998) la intensificación del proceso de globalización ha debilitado el tradicional Estado-nación y ha roto su monopolio sobre la economía, defensa, los medios y la cultura. Se está cambiando el locus de la toma de decisiones en todas partes. La globalización está brindando una transformación radical de los estados-nación y abre la vía para unidades políticas alternativas.

Pero de acuerdo con Radcliffe y Westwood (1999) puede haber una dislocación entre lugar nacional e identidad nacional. Geografías imaginadas pueden ofrecer la base para una identidad compartida. Una relación directa entre lugar e identidad se ha hecho cada vez menos sostenible en un mundo de diásporas e interconexión global. Con la globalización se transforma el contexto para las ideologías e identidades nacionales por la migración, cultura de masas, etc. que cambian los imaginarios nacionales. Las diferencias nacionales se reconfiguran mediante la interacción transnacional (García Canclini en Radcliffe y Westwood, 1999).

Conclusión

La tensión entre el Estado-nación y región es una tensión no resuelta, e irreductible. A primera vista puede parecer que es una contradicción que se manifiesta únicamente en el ámbito territorial, una disputa de si es el Estado-nación o la región la unidad territorial más apropiada no sólo para la organización política y administrativa, sino también para los circuitos comerciales y de desarrollo económico. No obstante, se ha podido advertir que se provoca una tensión de carácter cultural acerca de la forma cómo se adscribe el sentido de pertenencia, lealtad e identidad en los sujetos individuales o colectivos. La “matria”, la “patria chica” el “terruño” son expresiones que denotan sentidos de filiación lugareña y local, que aparentemente se enfrentan a la nación. Sin embargo hay que relativizarlas porque la propia nación, desde un punto de vista, no es sino una forma de regionalismo (Knight, 1982). Pero la tensión cultural se refiere tam-

bién a dinámicas de distinción entre los centros y las periferias; son discursos por estatus, riqueza y poder que configuran juegos de negociación y renegociación constante, donde centro y periferia son categorías relativas (Lomnitz, 2001). Finalmente, en el caso particular del Ecuador, existe una tensión de naturaleza política dado que poderes regionales frecuentemente han disputado el poder nacional. Hegemonías regionales han socavado los procesos de formación del Estado-nación (Quintero y Silva, 1990). Hegemonías nacionales también han sofocado procesos de regionalización, o separatistas en nombre de la nación única.

Para analizar y entender el Estado-nación deben considerarse dos dimensiones básicas: la política y la identitaria. Como lo señala Guibernau (1998) ha habido una incapacidad de los diferentes enfoques para visualizar simultáneamente el carácter político del nacionalismo, en tanto ideología según la cual el Estado y la nación deben ser congruentes; y a la vez su habilidad como generador de identidad.

Esto mismo posibilita hablar de una naturaleza ambigua, contradictoria, paradójica del nacionalismo (Bhabha, 2000; Parkeh, 2000; Fernández, 2000; Delannoi, 1993). Y en su carácter ambivalente precisamente radica su mayor fortaleza, porque es capaz de adaptarse y persistir en los diferentes contextos históricos, políticos, sociales y culturales. De ahí que no se trata de advertir la naturaleza buena o mala, conservadora o revolucionaria, emancipadora o autoritaria, ideológica o apolítica, universal o particular del nacionalismo, o mejor aún de los nacionalismos; sino de analizar las condiciones que hacen posible su surgimiento y persistencia.

Otro aspecto que consideramos relevante es la necesidad de incorporar al análisis del Estado-nación y región al menos dos dimensiones que no han sido suficientemente consideradas: la de clase y la de género. La tensión entre el Estado-nación y la región se explicita, aunque no se resuelve, si incorporamos un análisis de clase y económico, que evidencie los conflictos e intereses en la sociedad regional y nacional. Además, una sociedad nacional que presente una profunda división de clase, difícilmente puede desarrollar un fuerte sentido de la nacionalidad (Connor, 1994), así como una sociedad regional con un marcado carácter excluyente, muy raramente puede apelar a una identidad regional unánime. Así mismo, si el sexismo es un arma corriente del nacionalismo, significa que

hay un importante grupo excluido de la formación de la nación. La literatura al uso del nacionalismo se focaliza más en la etnicidad y sus vinculaciones con la construcción de identidad, como parte del boom de la llamada política de las identidades. Sin embargo, los cruces de clase y de género podrían propiciar análisis más agudos e integrales sobre Estado-nación y región.

Por más que se hable de hitos o eventos especiales, es importante recordar que la formación de la nación constituye un proceso de carácter histórico, de construcción de largo plazo. Y la formación de las regiones también son dialécticas históricas. Por tanto las metodologías para su análisis deben tener en cuenta estas consideraciones.

Además de la tensión entre el Estado-nación y la región, podemos hablar de una segunda tensión advertida en un nivel epistemológico: es la contraposición entre el tiempo y el espacio, entre la historia y la geografía. No se trata tampoco de priorizar una sobre la otra, sino de articular ambas, como lo ha advertido Coronil (2002).

Finalmente, lo local/nacional/ global no pueden ser erigidos en compartimentos estancos en el análisis de la sociedad porque en la realidad no lo son. Al contrario, son niveles profundamente imbricados que se superponen y articulan. En este contexto, las identidades –incluidas las nacionales y regionales– ya no son un simple reflejo del lugar donde se ubican los sujetos (Radcliffe y Weestwood, 1999), sino que son cada vez más contingentes, precarias, relacionales y relativas.

Bibliografía

Agnew, John (1995). The Rhetoric of Regionalism: The Northern League in Italian Politics, 1983-94. *Transactions of the Institute of British Geographers. New Series* 20 (2): 156-172. Published by: Blackwell Publishing on behalf of The Royal Geographical Society (with the Institute of British Geographers) Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/622429> Accessed: 04/09/2008.

- Alavi, Hamza (1988). "El Estado en sociedades poscoloniales: Pakistán y Bangladesh". En *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, eds. Sonntag y Valecillos, 184-223. México: Siglo XXI Editores.
- Anderson, Benedict (2000). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Annino, Antonio (2003). "Soberanías en lucha". En *Inventando la nación. Iberoamérica s.XIX*, coords. Annino y Guerra, 152-184. México: Fondo de Cultura Económica.
- Anthias F. y N. Yuval-Davis (1994). "Women and the Nation-State". En *Nationalism*, eds. Hutchinson and Smith, 312-316. Oxford: Oxford University Press.
- Archetti, Eduardo (1989). "Análisis regional y estructura agraria en América Latina". *La Cuestión Regional en América Latina*. Quito: Ciudad.
- Balibar, Etienne (1991). "La forma nación: historia e Ideología". En *Raza, Nación y Clase*, eds. Balibar y Wallerstein, 135-167. Madrid: IEPALA.
- Baud, Michiel, Kees Koonings, Gert Oostindie, Arij Ouweneel y Patricio Silva (1996). *Etnicidad como estrategia en América Latina y el Caribe*. Quito: Abya Yala.
- Baud, Michiel (2004). "Fronteras y la construcción del Estado en América Latina". En *Cruzando Fronteras. Reflexiones sobre la relevancia de fronteras históricas, simbólicas y casi desaparecidas en América Latina*, 41-86. Quito: Abya Yala.
- Bauman, Gerd (2001). "El Estado-nación I: ¿postétnico o seudotribal? Por qué los estados-nación no son étnicamente neutrales". En *El enigma multicultural*, 43-58. Barcelona: Paidós.
- Beckwith, Karen (1991). Review: Reviewed work(s): Bananas, Beaches Bases: Making Feminist Sense of International Politics. By Cynthia Enloe. *The Journal of Politics* 53 (1): 290-292, february. Published by: Cambridge University Press on behalf of the Southern Political Science Association Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/2131757> Accessed: 09/12/2008.
- Bhabha, Homi (2000). "Narrando la nación". En *La Invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, 211-219. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

- Berlin, Isaiah (1993). "El retorno del bastón, sobre la ascensión del nacionalismo". En *Teorías del Nacionalismo*, 425-449. Barcelona: Paidós.
- Breuilly, John (1985). *Nacionalismo y Estado*. Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor.
- Colom, Francisco (2003). La imaginación nacional en América Latina. *Historia Mexicana* 210 LIII (2): 313-339. México.
- (2000). "El nacionalismo como problema en la historia de las ideas políticas". En *La Invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, comp. Álvaro Fernández. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Connor, Walker (1994). "When is a Nation?". En *Nationalism*, eds. Hutchinson and Smith, 154-159. Oxford: Oxford University Press.
- Coraggio, José Luis (1989). "Sobre la espacialidad social y el concepto de región" *La Cuestión Regional en América Latina*. Quito: Ciudad.
- Coronil, Fernando (2002). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva Sociedad/Universidad Central de Venezuela.
- Delannoi, Gil (1993). "La teoría de la nación y sus ambivalencias". En *Teorías del nacionalismo*, 9-18. Barcelona: Paidós.
- Delgado, Ovidio (2001). "Geografía, espacio y teoría social". En *Espacios y territorios. Pasión, razón e imaginarios*, 39-66. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Demélas, Marie-Danielle (2003). "Estado y actores colectivos. El caso de los Andes". En *Inventando la nación. Iberoamérica s. XIX*, coords. Annino y Guerra, 347-378. México: Fondo de Cultura Económica.
- Deutsch, Karl (1993). "Hacia una comprensión científica del nacionalismo y del desarrollo nacional: la aportación crítica de Stein Rokkan". En *Teorías del nacionalismo*, 407-424. Barcelona: Paidós.
- Fernández, Álvaro (2000). Introducción en *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, 11-23. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Geertz, Clifford (2000). "Cuatro fases del nacionalismo". En *La Invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, 167-172. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

- Gellner, Ernest (1993). "El nacionalismo y las dos formas de la cohesión en las sociedades complejas". En *Teorías del nacionalismo*, 333-365. Barcelona: Paidós.
- (2001). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial
- Giménez, Gilberto (2000). "Territorio, Cultura e identidades. La región sociocultural". En *Cultura y región*, eds. Jesús Martín Barbero, Fabio López y Angela Robledo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Grosby, Steven (2007). "The Successor Territory". En *Nationalism and Ethnosymbolism. History, Culture and Ethnicity in the Formation of Nations*, ed. Leoussi and Grosby, 99-112. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Guerra, Francois-Xavier (2003). Introducción en *Inventando la nación. Iberoamérica s. XIX*, coords. Annino y Guerra, 7-11. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guibernau, Montserrat (1998). *Los nacionalismos*. Barcelona: Ariel.
- (1999). *Nations without States. Political Communities in a Global Age*. Cambridge: Polity Press.
- Hobsbawm, Eric (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Biblioteca de Bolsillo.
- (2002). Introducción en *La invención de la tradición*, eds. Hobsbawm y Ranger, 7-21. Barcelona: Editorial Crítica.
- Jaffrelot, Christophe (1993). "Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo. Revisión crítica". En *Teorías del nacionalismo*, 203-254. Barcelona: Paidós.
- Knight, David B. (1982). "Identity and Territory: Geographical Perspectives on Nationalism and Regionalism". *Annals of the Association of American Geographers* 72 (4): 514-531 Published by: Taylor & Francis, Ltd. on behalf of the Association of American Geographers
Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/2563201>
Accessed: 10/07/2008.
- Laclau Ernesto y Chantal Mouffe (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Lomnitz, Claudio (2001). *Deep Mexico, Silent Mexico. An Anthropology of Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Mallon, Florencia E. (2002). "Reflexiones sobre las ruinas: formas cotidianas de formación del Estado en el México decimonónico". En *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, 105-142. México: Ediciones Era.
- Moncayo, Edgar (2001). "Evolución de los paradigmas y modelos interpretativos del desarrollo regional". En *Espacios y territorios. Pasión, razón e imaginarios*, 67-100. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Montañez, Gustavo (2001). Introducción. En *Espacios y territorios. Pasión, razón e imaginarios*, 15-31. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Nairn, Tom (1994). "The Maladies of Development". En *Nationalism*, eds. Hutchinson and Smith, 70-76. Oxford: Oxford University Press.
- Palti, Elías José (2001a). The Nation as a Problem: Historians and the "National Question. *History and Theory* 40 (3): 324-346, Oct. Published by: Blackwell Publishing for Wesleyan University Stable URL:<http://www.jstor.org/stable/2677969> Accessed: 25/08/2008.
- (2001b). "Nación. El enfoque genealógico de la nación y sus descontentos. El dilema Hobsbawmiano". En *Aporías: Tiempo, Modernidad, Historia, Sujeto, Nación, Ley*, 193-233. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Parekh, Bhikhu (2000). "El etnocentrismo del discurso nacionalista". En *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, 91-122. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Pérez Vejo, Tomás (2003). La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispanico. *Historia Mexicana* 210 LII (2): 275-311. México.
- Pratt, Jeff (2003). *Class, Nation and Identity. The Anthropology of Political Movements*, London: Pluto Press.
- Quijada, Mónica (2003). "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano". En *Inventando la nación. Iberoamérica s. XIX*, coords. Annino y Guerra, 287-315. México: Fondo de Cultura Económica.

- Quintero, Rafael y Erika Silva (1990). *Ecuador: Una nación en ciernes*. Quito: Flacso.
- Radcliffe, Sarah y Sallie Westwood (1999). *Rehaciendo la nación. Lugar, identidad y política en América Latina*. Quito: Abya Yala.
- Renan, Ernest (2000) [1882]. “¿Qué es una nación?” En *La Invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, 53-66. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Sabaté, Alberto (1989). “Determinaciones contemporáneas y análisis histórico de la cuestión regional en América Latina”. *La Cuestión Regional en América Latina*. Quito: Ciudad.
- Sejenovich, Héctor y Vicente Sánchez (1989). “Notas sobre naturaleza-sociedad y la cuestión regional en América Latina”. *La Cuestión Regional en América Latina*. Quito: Ciudad.
- (1997). *La identidad nacional*. Madrid: Trama editorial.
- (2000). “¿Gastronomía o geología? El rol de nacionalismo en la reconstrucción de las naciones”. En *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, 185-209. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- (2004). *Nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Watson, Adam (1992). “Collective Hegemony. The nineteenth-century Concert of Europe”. En *The evolution of International Society. A comparative historical analysis*, 238-262. London: Routledge.